

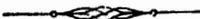
ORIGEN
DE LOS
ESTUDIOS DE CASTILLA,
ESPECIALMENTE LOS DE
VALLADOLID Y PALENCIA

EN QUE SE VINDICA SU MAYOR ANTIGÜEDAD.

POR

D. RAFAEL DE FLORANES.

AÑO 1793.



« Longinquitate sæpe fit temporis, ut non pateat
conditio originis. » (CONCIL. TOLETAN. VI, an. 638,
Can. IX).

« Distinguendæ igitur ætates, disquirenda mu-
tationis ratio, et omnia ad sua principia revocanda
ut certa rerum notitia habeatur. » (CARDINAL BONA,
DE REB. LITURGIC., lib. I, cap. XVIII).

PRÓLOGO.

La historia es por ventura la ciencia mas universal é interesante. Ella sola es quien nos participa toda la luz necesaria en muchos casos, y la fuente copiosísima de

(1) No sabemos que el autor escribiese la segunda parte.

donde recibimos con una evidencia convincente una gran parte de verdades útiles que vienen á nuestro conocimiento. Nada hay en efecto mas estimable que las memorias que nos han quedado de la antigüedad, y ¡ojalá que estas fuesen mayores en número y estuviesen menos corrompidas! Pero no pudiendo llegar hasta nosotros por otro medio que el de la tradicion ó la escritura, ellas son frecuentemente alteradas, y de otras tantas maneras cuantos son los genios, las costumbres y los intereses de los hombres, semejantes á las puras y cristalinas aguas de una fuente, que saben siempre á los mineros por donde se comunican, ó á los rayos de luz que siendo tan brillantes y puros en su origen se visten de varios colores segun son los del vidrio por donde pasan. Las verdades mas interesantes experimentan con mayor frecuencia esta suerte fatal; ó bien el interés de alterarlas produce el espíritu de partido, ó bien el ocio; ó la ignorancia de los que las buscan, les obliga á seguir con necia escrupulosidad el camino mas desconocido, aunque sea el mas equivocado; ó escasos finalmente de genio y de talento se esfuerzan inútilmente en un empeño superior á la debilidad de sus fuerzas. Tales son siempre los fuertes obstáculos que se oponen al descubrimiento de la verdad, y tales los que yo he tenido que vencer. Una materia tan complicada por su naturaleza, separada de nosotros por la interposicion de tantos siglos, y tratada con tan poca buena fe por la mayor parte de los escritores, se presentaba inaccesible á todos los esfuerzos. Pero la causa pública de los estudios es demasiado interesante para que yo la mirase con indiferencia (1), al mismo tiempo que

(1) *In publica studiorum causa nullo modo prævaricandum erat.*
Cano, de Locis Theologicis, lib. XI, cap. VI. †

la verdad debía ser vindicada de las calumnias de los impostores. He aquí las razones que me han obligado á componer esta obrita. Si yo no hubiese desempeñado completamente los fines insinuados, me lisonjeo por lo menos de haber manifestado el camino seguro por el que otros talentos superiores al mio podrán llegar sin tanto trabajo al santuario de la verdad. Entretanto es necesario que se me disculpe la prolijidad. Las obras históricas no son seguramente como las de espíritu. En estas basta un solo razonamiento formado con exactitud y precisión para echar por tierra todo el edificio de un sistema especioso; pero en aquellas que dependen en la mayor parte de hechos, es necesario examinar cada uno de ellos con mucha escrupulosidad, y hacer una multitud de combinaciones para demostrarles apócrifos. También he huido en esta obra aquel estilo pomposo y brillante, que forma en estos días de ilusión y bagatela todo el mérito de un escritor. No conviene á mis años ni á mi genio demasiado estóico este género de decir, y la verdad por otra parte se deja ver mejor, cuando está desnuda de todos los aparatos de una artificiosa elocuencia. Pero sí que he examinado muchas veces los fundamentos de mis opiniones instruido por aquel precepto de Horacio.

Si quid olim.
scripseris, in Metii descendat iudicis aures
et Patris, et nostras, nonumque prematur in annum.

RAZON DE LA OBRA.

La antigüedad de los estudios de Castilla, de esta nación renovada después de la *pérdida*, y lo mismo su orí-

gen, creia yo fuese la cosa que mas ilustrada se hallase y mas decorada en las plumas de nuestros escritores en sus libros y memorias, despues de tanto como se ha escrito entre nosotros aun en materias de menos relacion. Creia, digo, que en un asunto tan escoigido y precioso no hubiesen perdonado fatiga para ponerle en el mayor estado de claridad. ¿Qué otro mas digno? ¿Cuál mas análogo con las investigaciones de los hombres de letras? ¿Cuál de mayor honor á la nacion, de mayor esplendor, de mayor ornamento? Sin embargo, no me salieron ciertas mis presunciones, y se ahogaron entónces todas mis esperanzas. Entrando á consultarlos, no hallé mas que tinieblas en lugar de luces; por claridad, obscuridades; y por orden, confusion. Un caos tremendo cubria toda la redondez de este bello artículo, y le tenia sepultado en un abismo incomprendible de tinieblas. Las de Egipto no pudieran ser mas espesas.

Ya me decian que en los quinientos años que pasaron desde aquella fatal catástrofe, ningunos estudios tuvimos en Castilla (y lo mismo en Leon), ningunas escuelas, medio ninguno de dar educacion á nuestra juventud, ningun arbitrio de sacar hombres de letras que pudiesen decirse de algun provecho. Por todo ese tiempo gimió la triste nacion despedazada en dos trozos, uno bajo el yugo sarracénico, el otro amagado continuamente de caer en su esclavitud,

No hizo poco la miserable gente si se libró de un peligro que á cada paso la representaba la muerte delante de los ojos. Con un pie en la guerra y otro en la sepultura, no podia pensar en otra cosa que ser á cada instante la víctima del rabioso furor agareno. ¡Cómo, pues, podia haber entónces estudios! ¡O cómo podia haber

hombres de letras! Las iglesias arruinadas, las ciudades por tierra, pobre y desmantelado el reino, apenas podía alcanzar para las precisas milicias.

Todo el negocio era entónces afilar bien las espadas, adelgazar las puntas de las lanzas, y no los cañones de escribir, inútiles para arrojar del ámbito de la Península una inundacion de enemigos molestos, que lo abrasaban todo. En estos siglos rígidos el tizado Vulcano, el duro y fiero Marte, esos dos crueles homicidas del género humano, esos insignes turbadores de la quietud pública, eran los que hacian la voz de los Parlamentos. Ellos con su estruendo llenaban todos los espacios, con sus golpes hacian crugir la máquina del universo. La pacífica Minerva, la melodía suave de las musas, el canto sonoro de los cisnes, estas divinas producciones no eran oidas entre tanto estrépito. Intimidadas las musas ó bien se hicieron á la fuga, ó habitaron la obscuridad sin atreverse á presentar en algun teatro visible.

Así fué pasando la triste nacion con las incomodidades que no son decibles el largo espacio de quinientos años, hasta que al fin de estos se apiadó Dios de ellos y empezaron á respirar algun tanto; *Clamaverunt ad Dominum et dedit eis Salvatorem Aod.* Les envió por libertador á Alonso VIII, con razon llamado el Noble, el cual fué el primero que levantó el destierro á Minerva, y la restituyó á Castilla, dando principio por los años 1200, (aunque en esta época varian mucho nuestros autores) á los primeros estudios que en ella hubo, situándolos en Palencia. A cuya emulacion Alonso IX de Leon, su primo, como quieren unos, ó D. Fernando el Santo, hijo de este, como escriben otros, ó su hijo D. Alonso el Sabio, como pretende alguno, hizo lo mismo por lo tocante